

LA FATIGA DE LOS MATERIALES



LA FATIGA DE LOS MATERIALES

Marek Šindelka

Traducción del checo de Patricia Gonzalo de Jesús

BÁLTICA **editorial**

La publicación de este libro ha contado con el apoyo del Ministerio de Cultura de la República Checa



Título original: *Únava materiálu*
Copyright © 2016 Marek Šindelka
© de la traducción: Patricia Gonzalo de Jesús
© de esta edición: Báltica Editorial, 2021
© de la cubierta: Fernando Ampudia

Diseño y maquetación: Prema Served
Impresión: Estugraf Impresores S.L.
Pol. Ind. Los Huertecillos, C/Pino nº 5, 28350 Ciempozuelos, Madrid

ISBN: 978-84-122326-4-6
DL: M-9610-2021

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopias o escanear fragmento de esta obra.





1

Sobre la nieve cae una mochila y tras ella un chico. Se hace de noche. Un resplandor en el horizonte. Un despacible jirón de cielo rasgado en mitad del gris. Se puede ver el hálito de la respiración. La valla metálica destella con la helada. Destella también el muro de cemento. Tras la tapia una hilera de cristales, ventanales iluminados, las luces de un bloque de pisos. El chico se pone de pie enseguida, se sacude la nieve de las rodillas. En la voluta del alambre de espino cuelga una manta con un número de serie. Todo allí está numerado, se le pasa fugazmente por la cabeza. Echa un vistazo a su alrededor, se echa la mochila a la espalda. En la mochila lleva una camiseta, jabón, cerillas, un cuchillo que robó del comedor. En el bolsillo un trozo de papel cuidadosamente doblado, en él el nombre de un lugar en el Norte. Debe dirigirse al Norte. Allí, en alguna parte, está su hermano. Antes que nada debe conseguir un teléfono, o al menos un mapa. No. Antes que nada debe retirar la manta de la valla, si no lo encontrarán. También por la helada. Nunca había pasado tanto frío. Necesita la manta para no congelarse.

Intenta arrancar la manta de la valla, pero las púas de la alambrada se hincan cada vez más profundas en la tela. Es inútil. En algún lugar a lo lejos ladra un perro. Se le nubla la vista. Deja por imposible la manta. Echa a correr. Desaparece entre los árboles. Tiene las manos rasguñadas. En algunas partes se ha lastimado la piel. Se restriega la palma de las manos con nieve. Se chupa la herida. En el interior de la palma palpita la sangre. ¿Se habrán percatado ya? La manta cuelga de la alambrada, se gira para comprobarlo una última vez, pero ya no le queda tiempo. Corre. El

ramaje le golpea la cabeza: las sinuosas grietas de los arbustos contra el cielo, las ramas de los árboles yertas por la helada. Podría partir las. Las partiría todas si tuviera tiempo. Se le hunden los pies en la nieve. Le fallan las piernas, pero se pone otra vez de pie enseguida, le da una patada al tronco más cercano y sigue corriendo. Aborrece esos árboles. ¡Cuántos meses contemplándolos a través de las ventanas enrejadas de aquel edificio, observando cómo se les caen las hojas, cómo extraen la savia del suelo, cómo se secan quebradizos! Desconocía sus nombres: nunca había visto árboles así, llenos de pájaros que después de un tiempo, de pura impotencia, también había empezado a aborrecer. Corre a través de la hierba marchita, de tallos huecos sin leche. Allí no hay nada vivo. Incluso en la gente se apaga la vida. Se ha podrido por dentro y ha terminado por morir. La apatía lo permea todo.

Tuvo que pararse para tomar aliento. Solo entonces se dio cuenta del miedo que tenía. Le temblaban las rodillas y las manos. Volvió la cabeza. A lo lejos aún se veía el edificio rodeado por la valla. Resplandecía bajo el cielo crepuscular. En breve se haría de noche, otra más en aquel pabellón lleno de aire viciado. Suspiros entre sueños intranquilos. Podía ver todas aquellas contracciones inconscientes de músculos, todos los movimientos involuntarios. Las costillas que sobresalen del cuerpo como las de los radiadores. Alguien, abrazado a la manta, mira fijamente la oscuridad. Alguien duerme. El cuerpo se mueve, respira, se nutre. Sin embargo, la vida en su interior se ha extinguido. Allí ya no vivía nadie.

La rendija entre las nubes tras el horizonte se cierra. El firmamento se funde en una monolítica masa gris, similar al oleaje. Ya había olvidado cuánto tiempo llevaba viajando. Cuántos días, meses o quizás años habían pasado desde que partieron. Ya no quería saber nada de aquello. Tenía un papel con una dirección: debía ir al Norte. Debía encontrar a su hermano. Echó a correr de nuevo. Recordó de golpe que en tiempos solía correr. En tiem-

pos era el mejor de todo el colegio. Corredor de fondo. Solo que aquel colegio, aquel país, por los que corría, ya no existen. Las líneas de las pistas deportivas, marcadas con yeso blanquecino, se las había llevado el viento. Durante los bombardeos se abrió una grieta, del sótano al tejado, en la escuela: el edificio entero se partió en dos con un crujido y se derrumbó. En el segundo piso se alzaba al vacío el fregadero del laboratorio de química, como un diente en una encía desnuda. Con los ojos como platos, contempló el fregadero, atónito, incapaz de moverse, hasta que alguien se lo llevó, abajo, bajo tierra. El techo del sótano se estremecía, soltaba polvo.

El cuerpo recuerda más. Recuerda con más fidelidad. Los pies se hincaban en el terreno. En un futuro competirás, le dijo alguien una vez. En un futuro... Cayó de bruces sobre la nieve, pero volvió a ponerse en pie de un salto. Clavó las uñas a una corteza rugosa punzante. En un futuro, le dijo alguien una vez. Corría con todas sus fuerzas. La respiración, poco a poco, le fue bombeando el cuerpo entero. El oxígeno, helado, penetraba en su nariz como una aguja, se bifurcaba en los pulmones, se esparcía con la sangre por las piernas y los brazos. Observaba sus manos, disparadas contra el aire gélido, saliendo de su campo visual. Echó la vista atrás. En la distancia el ladrido de un perro. La manta, se le pasó por la cabeza, ya la han encontrado.

El bosque se quebró. Comenzó a inclinarse. Abajo, junto a la carretera. Escuchó el ruido de un coche. Los puntos rojos de los pilotos traseros entre las ramas desnudas. Se apoyó en el tronco de un árbol, inclinó la cabeza, respiró, tragó saliva. Echó una ojeada rápida en todas direcciones: el bosque, la carretera, el bosque, el ladrido. Eligió la carretera. No había tiempo para pararse a pensar. Corrió cuesta abajo por la ladera. Se abrió paso por el sotobosque. A través de los vástagos de los árboles, con el dorso de sus manos. Las ramas le golpeaban los brazos, pero no sentía ningún dolor a causa del frío. Una valla. Vallas por todas

partes, pensó mientras introducía los dedos en los agujeros de la alambrada. La valla temblaba, crujía al apoyar en ella los pies. Tenía los dedos congelados, el metal se le pegaba a las yemas. Finalmente logró encaramarse hasta el otro lado. Se soltó. La valla retrocedió como un muelle. Un estruendo como cuando se vacía una caja de clavos. Cayó sobre la nieve. Se levantó rápidamente. Echó a correr. La nieve chirriaba bajo sus zapatos.

La carretera estaba más lejos de lo que pensaba. La perdió de vista. Estaba sobre una superficie asfaltada. Ramitas desnudas brotaban de los intersticios en el hormigón, de las grietas. En el suelo hileras de neumáticos cubiertos de nieve. Vallas, curvas irregularidades en el terreno. Una pista de carreras, se dijo el chico. Echó un vistazo alrededor. En el edificio de cemento cercano se encendieron las luces, un instante después alumbraron el recinto unos focos en lo alto de unos postes. El chico se agachó, sus manos alzaron instintivamente el vuelo para proteger la cabeza. Aquella luz tenía su propio peso. Podía sentirla sobre su espalda. Inclinado, atravesó corriendo la pista y se coló entre los arbolillos al otro lado. Las ramas se reduplicaban, los halógenos perforaban el aire gélido, estratificaban las sombras de los árboles, acentuaban cada cristal en la nieve.

Alguien salió del edificio y voceó al vacío. El chico solo llegó a vislumbrar una silueta a contraluz. Una voz masculina que gritó unas cuantas veces cierta palabra. El hálito de su respiración se elevó, ondeando en el aire como una bandera. El chico se tendió sobre la nieve. Un motor. Alguien había encendido un motor. Y otra luz. Un foco. El chico alzó la cabeza con precaución. Un hombre de pie en el asiento de un *quad*. La máquina se balanceaba bajo sus pies, replicando las irregularidades del terreno, pero el hombre equilibraba todas las oscilaciones con sus rodillas. Se detuvo en mitad de la pista e inspeccionó el recinto con la mirada. La nieve estaba compacta. Los neumáticos todoterreno habían excavado barro en algunos puntos. No tenía sentido

buscar huellas. El hombre recorrió despacio el perímetro, la luz arrancaba de la oscuridad copas de árboles enteras. Destellaban como el oro para volver a sumirse de nuevo en las tinieblas. El chico yacía pegado al suelo sin atreverse a hacer el más mínimo movimiento. La luz lo pasó de largo. Cada ramita se convertía en un eje invisible, de cada una de ellas salían infinitos haces de sombra, giraban de derecha a izquierda como las manecillas de un reloj. El chico cerró los ojos, el resplandor de la linterna se derramó por un instante sobre él para, a continuación, tirar de las sombras, como de unas riendas, hacia un lado, hacia la oscuridad, hacia la nada más perfecta.

El ruido del motor se alejó finalmente y, al rato, desapareció por completo. En algún lugar a lo lejos crujió la nieve bajo unos pesados pasos. En algún lugar a lo lejos sonó un portazo y se apagaron los focos. Se enfriaron unos cuantos puntos rojos sobre el cielo negro. El recinto se sumió en las tinieblas y el más absoluto silencio. En el firmamento centelleaba una constelación desconocida. Hasta las estrellas son distintas aquí, pensó el chico. Estaba temblando de frío. Tenía que moverse. Aquel titilar de las estrellas se negaba a dejarlo ir. Es por el frío, se percató, hay que ponerse en marcha. Se puso a cuatro patas. Se irguió, se sacudió con cuidado la nieve. Corrió agachado a través de la maleza hasta la siguiente valla.

Jamás en su vida había visto tantas vallas. Tanta alambrada. Cuando lo detuvieron, una mujer le escribió un número en el brazo con un rotulador grueso. Los vigilantes lo llamaban por ese número. Nadie allí era capaz de pronunciar su nombre, así que se lo arrebataron. Se encontraba en un lugar al que denominaban centro de detención. Como descubrió más tarde, un centro de detención no se diferencia en nada de una cárcel. Tal vez solo en que en la cárcel la mayoría de la gente sabe por qué está allí encerrada. Todos los edificios estaban a rebosar. Los dos primeros meses durmió en un cobertizo metálico. Quince o veinte cabinas